

*Biblioteca
clásicos cristianos*

Escritos marianos selectos

*Luis María Grignion
de Montfort*



SAN PABLO

Índice

Portada

Portadilla

Créditos

Introducción

1. Breve reseña biográfica

2. Fecundo escritor mariano

3. Espiritualidad mariana cristocéntrica

4. Fórmula montfortiana de consagración a María

5. Un mensaje siempre válido, cada vez más urgente

Siglas

Bibliografía Breve

El Secreto De María

Introducción

Primera Parte: Oficio de María en nuestra salvación

Segunda Parte: La verdadera devoción a María

Suplemento: Oraciones .

Conclusión: Cultivo y crecimiento del árbol de la vida

Tratado De La Verdadera Devoción A La Santísima

Virgen

Introducción

Primera Parte: De la devoción a la Santísima Virgen en general

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Segunda parte: El culto de María en la Iglesia. Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Tercera parte: En qué consiste la perfecta consagración a Jesucristo.

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

S. L. M^a GRIGNION de MONFORT

ESCRITOS MARIANOS SELECTOS

El secreto de María
Tratado de la verdadera devoción
a la Santísima Virgen María



Introducción de
ANDRÉS MOLINA PRIETO



Colección MAESTROS

E-mail: secretaria.edit@sanpablo.es - www.sanpablo.es

Dirigida y coordinada por *Pedro Miguel García Fraile*

Distribución: SAN PABLO. División Comercial Resina, 1. 28021 Madrid

Tel. 917 987 375 - Fax 915 052 050

E-mail: ventas@sanpablo.es

ISBN: 978-84-2856-379-6

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio sin permiso previo y por escrito del editor, salvo excepción prevista por la ley. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la Ley de propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos - www.conlicencia.com).

www.sanpablo.es

San Luis María Grignion de Montfort, o el «Santo Montfort», como se le denomina con frecuencia en la literatura popular mariana, es, sin duda, una figura apasionante en la hagiografía de los siglos XVII y XVIII, ya que se encuentra a caballo entre ambas centurias. Contra lo que podía preverse en un principio, su vida ministerial se vio muy probada por enormes incomprensiones y trato vejatorio de quienes menos cabía esperarlo.

Su itinerario pastoral, sembrado de dificultades y cruces, por varias diócesis de la Bretaña francesa, es escasamente conocido. En cambio, su fama como adalid de la devoción mariana de los últimos tiempos se debe a haber sido el apóstol por excelencia de la *Perfecta consagración a la Santísima Virgen*, según la consabida fórmula que él acuñó y popularizó: «Por María, en María, con María y para María».

Examinando a fondo su personalidad religiosa, en el contexto histórico de la época, cabe afirmar que Montfort aparece como heredero de la tradición espiritual y misionera de la Francia postridentina. Y, dejando a un lado aspectos controvertidos que no vienen al caso, emerge sobre todo un hecho indiscutible: nadie le puede arrebatar su mayor mérito, que consiste en representar dignamente una elevada cima en la historia de la devoción y espiritualidad mariana.

No tienen razón quienes atacan con irresponsable ligereza la doctrina mariana de este apóstol bretón, sin haberse molestado en estudiar a fondo toda su obra literaria y sobre todo la impresionante gesta evangélica protagonizada por sus afanes misioneros. En estas breves páginas de presentación de sus dos tratados marianos, el

lector encontrará datos que iluminan, con suficiente claridad, tanto su perfil biográfico como su valiosa herencia escrita.

Nos hallamos, sin duda, ante un excelente «autor clásico mariano», sin ningún género de hipérbole. Pocas figuras habrán influido con más notable repercusión en la espiritualidad mariana de la Iglesia como nuestro santo francés. El papa Juan Pablo II no ha vacilado en citarle repetidas veces en sus alocuciones. Y, desvelando su propia intimidad y legítimas preferencias devocionales, ha añadido que los escritos marianos de Montfort le han acompañado durante toda su vida, incluida, por supuesto, la ya prolongada y fructífera etapa papal. Aquí reside, probablemente, una de las claves interpretativas de su profunda piedad mariana de la que todos somos testigos.

1. Breve reseña biográfica

Nació el 31 de enero de 1673 en Montfort-La Pata (Bretaña francesa), no lejos de la ciudad de Rennes. Fueron sus padres Juan Bautista Grignon y Juana Robert. Bautizado con el nombre de Luis, añadiría el nombre de «María» al ser confirmado en el vecino pueblo de Iffendic, donde pasó su infancia. Frecuentó el colegio jesuítico de Tomás Becket, en Rennes, donde fue congregante mariano.

Pasó ocho años en París (1693-1700), completando sus estudios teológicos en el seminario de San Sulpicio, donde se preparó concienzudamente para el sacerdocio. Su conducta fue altamente ejemplar con máximo aprovechamiento. El 5 de junio de 1700 -contaba entonces 27 años- fue ordenado sacerdote y, poco después, celebraba su primera misa ante el altar de Nuestra Señora del famoso centro sulpiciano. Sintió viva inclinación para evangelizar tierras de infieles en misiones extranjeras, pero su director le disuadió de ello, mostrándole el rico campo apostólico que se le ofrecía en la misma Francia.

Se incorpora a la comunidad de Renato Lèveque en Nantes. Las vicisitudes de su ministerio resultaron sumamente dolorosas por los frecuentes rechazos, prejuicios y calumnias que recayeron sobre su original estilo apostólico, un tanto extraño o atípico, en el ambiente de su tiempo. En algunas ocasiones se vio obligado a ejercer lo que él llamó gráficamente una «predicación silenciosa» o simplemente testimonial, ya que no se le permitía hablar en público. Y, por otro lado, la mentalidad jansenista de bastantes comunidades asfixiaba sus ideales evangélicos.

Parece que fue en la ermita de San Lázaro, cerca de su pueblo natal, donde recibió una inspiración celestial para escribir sus dos obras más importantes: *Le secret de Marie ou l'esclavage d'amour de la Sainte Vierge* y el *Traité de la vrai dévotion à Marie*, cuya redacción tuvo lugar en el último quinquenio de su vida, es decir, entre 1710 y 1715. Entre la fecha de su ordenación y esta época, casi conclusiva de su breve itinerario terreno, transcurren interesantísimas experiencias interiores que aceleran la maduración de su sacerdocio, intensamente pastoral, ejercido tan sólo dieciséis años, abnegados y copiosamente fecundos.

Fue en esta etapa cuando se sintió prácticamente abandonado como objeto de constantes recelos y sospechas. Dos facetas de gran relevancia merecen destacarse: la de misionero apostólico y la de fundador.

a) Misionero apostólico. Era esta su vocación definitiva. Había dado en Poitiers varias misiones con ubérrimos frutos espirituales. Pensando en su apostolado en ultramar se encaminó a Roma, donde fue recibido en audiencia privada por Clemente XI, enérgico debelador del renacido jansenismo, quien le aconsejó quedarse en Francia fiel a su vocación evangelizadora. Le confirió gustoso el título de «misionero apostólico».

En el decenio que le resta de vida, Montfort misiona incansablemente pueblos y aldeas rurales, dentro de terribles contrariedades, en las diócesis de Rennes (1706), de Saint-Malo y Saint-Brieuc (1707-1708), y en Nantes (1708-1711). Los últimos años trabaja también apostólicamente con ritmo más sosegado en las diócesis de La Rochela y Luçon, donde cosechó abundantes frutos regados con indecibles sufrimientos. No sin agudeza, repetía a menudo el santo Montfort: «Ninguna cruz: ¡Qué

cruz!». Aterradora fue la soledad en que se vio sumido al ver que los más cercanos le retiraban su conversación, evitando tratarle. A una misiva de su reducido epistolario corresponde el siguiente párrafo particularmente revelador de su «noche oscura»: «No tengo más amigos que Dios sólo. Todos los que tuve en otro tiempo en París, me han abandonado» (*Carta* 15). Todavía más elocuente es este fragmento de su *Carta* 26: «Me encuentro como una pelota durante el juego: tan pronto la arrojan de un lado cuando la rechazan del otro, golpeándola con violencia. Así estoy yo sin tregua ni descanso, desde hace tres años».

Estos lacónicos textos autobiográficos ponen de relieve la talla y el temple moral de todo un luchador que se va dejando jirones del alma en el duro frente de batalla. Montfort es, ante todo y sobre todo, misionero apostólico, siempre en contacto con el pueblo pobre, ignorante y necesitado. Fundó en Nantes un hospital de «Incurables» y frecuentó el hospital parisino de La Salpêtrière, donde se encontró con 5.000 enfermos.

Su última misión fue la que dio en San Lorenzo de Sèvre a principios de abril de 1716. El 27 de este mismo mes dictó su testamento espiritual y al día siguiente expiró santamente. Más de 100.000 personas de toda la comarca de La Rochela acudieron a venerar los restos de su querido apóstol y misionero. A partir de su muerte, la fama de santidad fue creciendo de forma imparable: el 22 de enero de 1888 fue beatificado por León XIII, y el 20 de julio de 1947 tuvo lugar su canonización por Pío XII.

b) Fundador. Su plena inserción en las iglesias locales, donde dejó profunda huella con su predicación de genuino apóstol popular, no eclipsan otro aspecto interesante de su exuberante personalidad religiosa como es el carisma de

fundador, que el Señor le otorgó para perpetuar su eficacísima obra apostólica y su relevante condición de apóstol de la devoción mariana.

En las afueras de La Rochela y en una ermita llamada de San Eloy compuso las *Reglas de las Hijas de la Sabiduría*, que habían de dedicarse a la educación de las niñas pobres, mediante una tarea de enseñanza bien articulada. Sus colegios se llamarían «Escuelas de la Sabiduría». Tuvo el consuelo de ver en marcha esta fundación iniciada con dos jóvenes entusiastas y voluntariosas, María Luis Trichet y Catalina Brunet.

Experimentó con fuerza la necesidad de reclutar un escuadrón de sacerdotes consagrados íntegramente a misionar por los pueblos más desasistidos. A pesar de sus agotadores esfuerzos, apenas vio brotar la semilla. En su última misión le acompañaron dos colaboradores, Renato Mulot y Adriano Vatel, que serán los dos primeros miembros de la naciente y ansiada Compañía de María. Montfort se muestra extremadamente exigente con sus futuros seguidores. En su *Carta circular a los Amigos de la Cruz*, describe a sus discípulos «como intrépidos y valerosos guerreros en el campo de batalla, sin retroceder un solo paso» (AC 2). Sin embargo, en el *Tratado de la verdadera devoción*, su descripción y exigencias se revisten de tonos más benévolos e indulgentes: «Aman el retiro, se aplican a la oración, a ejemplo y en compañía de su Madre, la Virgen María» (VD 196). Montfort llegó en sus fundaciones hasta el supremo desprendimiento interior. Sabía que eran obra de Dios y que, a su tiempo, florecerían y fructificarían, por concesión gratuita de su amorosa providencia. Cuando muere sólo cuenta con cuatro hermanos y cinco hermanas. Habrá que esperar varias décadas antes de que sus discípulos se multipliquen. Se

cumplen, así, una vez más las palabras de Jesús: «Si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda infecundo; pero si muere, produce mucho fruto» (Jn 12,24).

2. Fecundo escritor mariano

San Luis María fue excelente escritor ascético, aprovechando con acierto y fino sentido pedagógico varios géneros literarios, incluido el poético. Era un consumado maestro en el uso de toda clase de recursos populares, prefiriendo los cánticos. Para formarse idea de su facilidad y éxito en utilizar este último medio conviene advertir que se aproximan a 24.000 los versos compuestos y musicalizados para hacer memorizar a los fieles los más variados temas misionales.

Puede conjeturarse la extraordinaria eficacia de su predicación evangélica, que él atribuía a la poderosa intercesión de la Virgen, cuya estatuilla le acompañaba siempre junto al crucifijo. No se separaba jamás de la imagen de Nuestra Señora, que colocaba en su habitación, en el confesionario, en el púlpito y en todas partes donde actuaba. Era su mayor garantía como «Reina de los corazones». Amantísimo de María desde su más tierna infancia, y enraizado teológicamente en la más sólida devoción que fue creciendo con un ritmo cada vez más intenso, Montfort no sólo es un eximio apóstol de María, sino un excepcional escritor mariano no fácilmente superable en la hagiografía católica.

Añadiríamos también que su vida y su obra apostólica, así como sus escritos, reflejan de consuno a un verdadero místico mariano. Dejando al margen el tratamiento de este aspecto, nos interesa fijarnos ahora en su faceta sobresaliente de escritor prolífico. La edición francesa preparada por L. Salaün Perrot, en su versión española a cargo de Pío Suárez Borniquel (*Obras*, BAC, Madrid 1984), recoge veintiséis obras, incluyendo en esta expresión la colección de cartas conservadas y todo lo relacionado con

las cuestiones que absorbieron su ideal apostólico, en una heterogénea gama donde está recopilado todo cuanto brotó de su pluma, a veces en forma de páginas breves y hasta escritos de una sola hoja, como sermones, oraciones, disposiciones, máximas espirituales, etc.

Destacan, por su importancia y extensión, las tres obras o pequeños tratados: *El amor de la Sabiduría eterna*, *El secreto de María* y el *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*.

Los tres escritos mantienen estrecha relación entre sí, pero nos ocupamos de los que son estrictamente marianos, objeto de esta edición, aunque nos vemos precisados a hacer algunas referencias a la primera obra.

a) *El secreto de María*. Es el escrito más importante brotado del mismo corazón de Montfort, verdadero enamorado de María. El manuscrito del santo se perdió. Quedan dos antiguas copias, una de las cuales fue descubierta en el archivo general de las Hijas de la Sabiduría, en 1968. El título actual de la obra no pertenece a san Luis sino a los editores, quienes desearon aprovechar la siguiente frase del tratado montfortiano: «Feliz, una y mil veces en la tierra, aquel a quien el Espíritu Santo revela *el secreto de María* para que lo conozca» (SM 20).

El texto original se desarrolla como si se tratara de una carta: sin títulos ni subtítulos. Según su primer biógrafo, J. Grandet, el celoso misionero lo compuso en tres días para resaltar las ventajas de la esclavitud mariana por amor. Si utiliza el nombre de «secreto» es porque desea exponer la devoción mariana como un don del Espíritu Santo (SM 1-2). La argumentación apodíctica de Montfort es tan sencilla como convincente, y la expresamos casi literalmente con sus mismas palabras: «Es voluntad de Dios que nos santifiquemos, pero para llegar a la santidad hay que

practicar las virtudes. Como el ejercicio de las virtudes reclama de modo indispensable la gracia, y esta se halla en María, necesitamos encontrar a María». Más brevemente: Dios nos llama a todos a la santidad y para alcanzarla es necesaria la gracia. Ahora bien, si deseamos obtener la gracia, hemos de encontrar a María (SM 3-23).

b) Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen. He aquí la obra maestra de Montfort y un libro verdaderamente singular, cuya historia se reviste de caracteres admirables. El original no lleva título, ya que falta la hoja primera además de las últimas páginas, también desaparecidas. Todavía causa mayor maravilla que uno de los libros «más universalmente conocidos y apreciados del catolicismo contemporáneo» estuviese sepultado durante 130 años «en el silencio de un cofre» según la profecía del propio autor (VD 114).

El manuscrito fue encontrado casualmente en 1842, y se publicó el año siguiente con el título tradicional que hasta nuestro tiempo ha superado las trescientas ediciones en más de treinta lenguas. Su éxito editorial corre parejo con el enorme impacto producido en todos los estamentos de la Iglesia, desde los pastores de almas hasta los teólogos, y desde el mundo monástico hasta los fieles más sencillos. Se trata -señalan los editores- de un libro denso de doctrina y de perennes valores cristianos, redactado con tono lleno de convicción y de experiencia.

No es, de ninguna manera, efecto de la improvisación o de incontenibles fervores marianos de Montfort cuando se recogía en algunas grutas para su retiro, sino fruto bien sazonado de su dócil apertura al Espíritu Santo, y de sus fructíferas conversaciones con grandes testigos de la fe cristiana con los que mantuvo un amistoso contacto (VD 114 y 118). Sólidamente preparado, tanto en el plano

teológico como en el aspecto espiritual, recorre un inteligente y equilibrado camino expositivo: enseñanzas de la Iglesia sobre María, necesidad de que Cristo reine en el mundo, designio salvífico de la Trinidad y función de María en los planes salvadores de Dios.

De estas premisas deduce y presenta la verdadera devoción a María, descartando todas las deformaciones que intentan desvirtuarla (VD 92-104). Insiste en las prácticas interiores de especial eficacia santificadora, situándolas en una constante referencia a María, para poder imitarla fielmente. Como hermosa conclusión de su inigualable tratado sienta este principio o divisa: «Todo se resume en obrar siempre *por* María, *con* María, *en* María y *para* María» (VD 258-265). Más adelante se verá mejor el hondo y aleccionador significado de esta fórmula programática en la práctica de la consagración mariana.

3. Espiritualidad mariana cristocéntrica

Se ha reprochado, con excesiva superficialidad, a la doctrina mariana de Montfort el estar algo desconectada con las exigencias de una vida genuinamente cristiana. Sólo un craso desconocimiento de sus escritos puede explicar tamaño error o disparate. Porque ocurre precisamente todo lo contrario: será difícil encontrar en ningún santo «mariano» de cualquier época de la Iglesia una figura que más valore y acentúe el cristocentrismo evangélico de la piedad mariana. Comparable a *Las Glorias de María* de san Alfonso María de Liguorio (1696-1787), le supera ampliamente en este aspecto.

Montfort utiliza frases de cristalina transparencia que demuestran cómo María es *toda ella relativa a Cristo*. Es decir, pierde todo su sentido y contenido si no la ponemos, por completo, en estrecha e indisoluble relación con Jesucristo, su Hijo. Sus enseñanzas resultan asombrosamente proféticas y se adelanta dos siglos y medio a la acertada expresión utilizada por Pablo VI: «En María todo es referido a Cristo y todo depende de él» (*Marialis cultus*, 25). Veamos algunos datos confirmatorios de cuanto decimos.

El citado editor de las obras de Montfort, L. Salaün, en cuyas eruditas anotaciones inspiramos nuestro juicio, atribuye la génesis y el nacimiento del *Tratado sobre la verdadera devoción* a la feliz conjunción de dos factores convergentes: la rica experiencia mariana de san Luis, y la situación de crisis que se produce en el decurso del siglo XVII cuando la tradicional devoción a María se ve cuestionada por las nuevas corrientes espirituales, ávidas de buscar una nueva fundamentación teológica más firme. Esta circunstancia y este ambiente en el que se ve inmerso

el P. Montfort le impulsa decisivamente a profundizar en la naturaleza teológica y ámbito de la devoción mariana, confiriendo a su búsqueda un carácter o impronta más cristocéntrica. El gran misionero logra magistralmente este objetivo de ejemplar equilibrio doctrinal.

En realidad, su tratado podría haberse titulado con más exactitud *Preparación para el reinado de Jesucristo*. En una exposición maciza, admirable por su hondura y precisión, «Cristo -dice Salaün- es presentado con abundantes referencias bíblicas como el centro de la obra salvadora, principio y término necesario de toda auténtica devoción a María». Identifica la consagración mariana con la consagración a Cristo, describiendo la *esclavitud de amor* como una perfecta renovación de las promesas bautismales (VD 120ss.), lo cual pone en evidencia, sin el menor atisbo de duda, su acentuado y consciente cristocentrismo. Es inexplicable, por ello, que ciertos apresurados comentaristas no valoren como se merece esta importante coordenada montfortiana, verdadera columna vertebral de toda su doctrina y pensamiento mariano.

Sin duda, san Luis María es mundialmente conocido como heraldo de Nuestra Señora, pero hemos de añadir, para completar la frase, *dentro del gran mensaje que ofrece la Buena Noticia de Jesucristo, y todo para su pronto reinado y fiel servicio*. O dicho de otro modo: el marianismo de Montfort no se puede desvincular de su cristocentrismo. Porque María está unida a Cristo en virtud de un mismo decreto salvífico ideado por el Padre para la salvación del mundo.

Hacia el reinado de Jesucristo -efectivo y afectivo- se dirigen como último fin todos los afanes e ideales de Montfort. Manejando en visión panorámica todos los escritos del santo misionero apostólico, descubrimos sin esfuerzo que «en el corazón de la espiritualidad

montfortiana se halla Jesucristo, sabiduría encarnada y crucificada». Es obvio que, desde esta perspectiva, la consagración mariana equivale en definitiva a un comprometido empeño de vida cristiana. Por eso enseña sin rodeos: «Si nos entregamos a la sólida devoción a la Virgen María, es sólo para establecer más perfectamente la de Jesucristo y ofrecer un medio fácil y seguro para encontrar al Señor» (VD 62).

Tan claramente se manifiesta la índole cristocéntrica de la doctrina mariana de Montfort que ignorar este aspecto fundamental sería prácticamente desconocer o desvirtuar toda su obra. Estamos pues ante un dato revelador y ante una clave esencial para entender el pensamiento de Montfort sobre la Virgen María. Procede hablar, por consiguiente, de fórmula montfortiana de «consagración a Jesucristo, sabiduría encarnada, por manos de María». Con entero convencimiento y profundo gozo reclama el heroico apóstol itinerante: «Hoy más que nunca me siento animado a creer y esperar aquello que tengo profundamente grabado en el corazón...: que tarde o temprano la Santísima Virgen tenga más hijos, servidores y esclavos de amor que nunca y que, por este medio, Jesucristo, mi Señor, reine como nunca en los corazones» (VD 113).

Es difícil hallar testimonios más luminosos sobre cuanto venimos diciendo: la doctrina y la espiritualidad mariana de san Luis María Grignion de Montfort es declaradamente, y acentuadamente, cristocéntrica como pocas puedan serlo, y una comparación del *Tratado sobre la verdadera devoción* con la constitución dogmática *Lumen gentium*, en su capítulo VIII íntegramente mariológico -a una distancia cronológica de 250 años-, y con la exhortación apostólica *Marialis cultus*, promulgada en 1974, nos daría este óptimo resultado: los tres documentos ofrecen notables puntos doctrinales de

convergencia, pero coinciden sobre todo en una cuestión básica: el recto significado del culto mariano como parte integrante y elemento intrínseco del culto cristiano.

En efecto, si cotejamos los textos del magisterio, en los documentos citados, con las enseñanzas de Montfort, advertiremos gratamente un innegable paralelismo. Ello nos hace pensar que el *Tratado sobre la verdadera devoción* no se escribió sin una especialísima inspiración del cielo.

a) *Lumen gentium*, 66. El magisterio conciliar habla sobre la naturaleza y el fundamento del culto a la Virgen, que «tomó parte en los misterios de Cristo» y, por ello, es justamente honrada por la Iglesia con un culto especial manifestado en cuatro actos integrantes: *veneración, amor, invocación e imitación*. Y todo ello «dentro de los límites de la doctrina sana y ortodoxa, de acuerdo con las condiciones de tiempos y lugares, y teniendo en cuenta el temperamento y manera de ser de los fieles». Esta enseñanza conciliar tiene evidentemente un objetivo cristocéntrico, puesto que consigue que «al ser honrada la Madre, el Hijo sea mejor conocido, amado y glorificado y que, a su vez, sean mejor cumplidos los mandamientos».

b) *Marialis cultus*, 56. Pablo VI hizo en esta cincelada exhortación apostólica la mejor interpretación y comentario al capítulo VIII de *Lumen gentium*. He aquí el luminoso texto: «La piedad de la Iglesia hacia la Santísima Virgen es un *elemento intrínseco del culto cristiano*. La veneración que la Iglesia ha dado a la Madre del Señor en todo tiempo y lugar -desde la bendición de Israel (cf Lc 1,42-45) hasta las expresiones de alabanza y súplica de nuestro tiempo- constituye un sólido testimonio de su *lex orandi* y una invitación a reavivar en las conciencias su *lex credendi*. Y

viceversa, la *lex credendi* de la Iglesia requiere que por todas partes florezca lozana su *lex orandi*, en relación con la Madre de Cristo. Culto a la Virgen de raíces profundas en la Palabra revelada, y de sólidos fundamentos dogmáticos».

c) *Tratado sobre la verdadera devoción* (2ª parte, cap. 1, 61). Este tratado, redactado -como quedó dicho- dos siglos y medio antes de los referidos documentos magisteriales, se expresa de una manera paralela cuando habla de las falsas devociones y de la genuina vocación mariana, ofreciendo a los fieles un seguro criterio de discernimiento al fijar «cinco verdades» -a manera de principios teológicos-, que sitúan en su justo lugar la piedad y la devoción a María. He aquí el supremo *principio cristológico* al cual deben subordinarse todas las prácticas de piedad mariana:

«El fin último de toda devoción debe ser Nuestro Señor Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre. De no ser así, tendríamos una devoción falsa y engañosa. Jesucristo es *el alfa y la omega, el principio y el fin de todas las cosas*. Como dice el apóstol, *en la edificación del cuerpo de Cristo*, trabajamos para *construir el estado del hombre perfecto a la medida de la edad de la plenitud de Cristo, porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad* y todas las demás plenitudes de gracia, de virtudes y de perfecciones. Porque sólo en Cristo hemos sido bendecidos *con toda clase de bendiciones espirituales y celestiales*. Porque Él es el único Maestro que debe enseñarnos, el único Señor de quien debemos depender, la única Cabeza a la que debemos estar unidos, el único Modelo a quien debemos asemejarnos, el único Médico que debe curarnos, el único Pastor que debe apacentarnos, el único Camino